

6- Apr 22 Neg
GABRIEL ESPINOSA

LA CUESTION DE LA RAZA

Y

LA UNION COLOMBIANA



La Victoria: (Venezuela) 18 de Marzo de 1911.

IMP DEL ESTADO

THE UNION OF THE TWO

THE UNION OF THE TWO

THE UNION OF THE TWO

THE UNION OF THE TWO

GABRIEL ESPINOSA

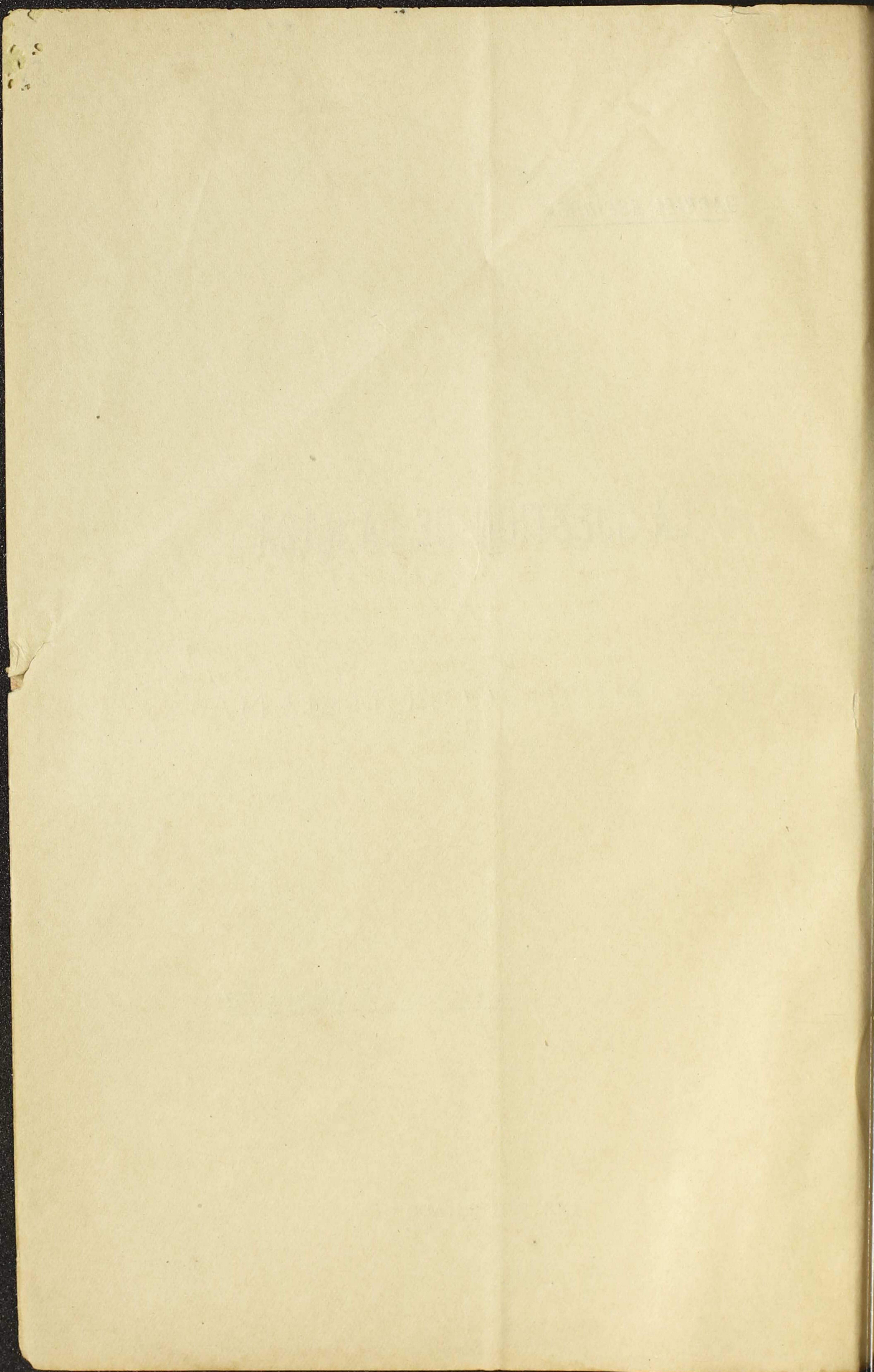
LA CUESTION DE LA RAZA

Y

LA UNION COLOMBIANA

La Victoria: 18 de Marzo de 1911.

IMP. DEL ESTADO



Rindiendo veneración á la memoria
inmortal de los fundadores de la *Patria*
Colombiana, dedico este trabajo á la juventud
de Ecuador, Colombia y Venezuela ; y como
testimonio de deferente cariño al Doctor
R. Andueza Palacio.

EL AUTOR.

THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF THE
CITY OF LONDON
1871



CONCIENCIA PÚNICA

LA simiente fenicia que el destino dejó caer en el seno generoso del nuevo mundo, germinó vigorosa, y produjo honda raigambre de lucro y brillante florecimiento de acero.

Los navegantes fenicios, perseguidos por sus hermanos dan su esperanza al mar y fundan entre el promontorio de Apolo y el de Mercurio el nido pétreo de Cartago, de donde luego salen los birremes conquistadores del mufeta á adueñarse del Mediterráneo. Puritanos ingleses también perseguidos por los suyos se aventuran al océano y depositan el germen del pueblo nuevo en la América septentrional. Solo que Cartago se funda independiente de Tiro y Nueva Inglaterra se desliga de la metrópoli, cuando esta la pretende hacer *copartícipe de una deuda á que estaba obligada*. Además, hay cierta diferencia caballeresca entre la rival de Roma y la conquistadora de Filipinas: Cartago declaró una guerra en que arriesgaba su existencia cuando un latino arrogante suspende su toga en señal de desafío; la colonia rebelde dá principio á

la lucha emancipadora *botando al mar de Boston 60 cajas de te inglés*: el pueblo comerciante, *declaraba su independencia comercialmente*. Por otra parte, la armada cartaginesa era pilotada por mercenarios, y no sucede lo mismo con los acorazados yankis. Es verdad que el heroísmo y la estrategia de los Barcas no se ha albergado en el corazón de ninguno de los *veteranos de la guerra de Cuba*; pero sí la crueldad de los soldados de Matho: aquellos crucificaban hombres y leones, estos crucifican pueblos enteros. Con todo, entre estos dos pueblos hay una similitud, el espíritu de despojo y la falsedad política: los cartagineses burlaron sus tratados con los romanos y los norte-americanos hacen lo mismo con los débiles pueblos de Sur-América.

Abramos, pues, inquisición en el origen del maquiavelismo sajón del nuevo mundo. Para el año de 1857 Mr. Buchanan, Presidente de la Unión norte-americana, grabó ya en las alas del entonces aguilucho del Norte, el lema formidable de la conquista del continente meridional del nuevo mundo, conocido con el nombre de *Doctrina del Destino Manifesto*. Parece que una videncia cruel á hispano-américa, un fatalismo inapelable guiaba la pluma de aquel predicador de la conquista: «Está—dice—en el destino de nuestra raza extenderse por todo el continente de la América del Norte, y esto sucederá antes de mucho tiempo, si se espera que los acontecimientos sigan su curso natural. La oleada de la inmigración seguirá hacia el Sur sin que nada sea parte á detener su curso si se deja que esta inmigración se extienda pacíficamente; la América Central contendrá en poco tiempo una población americana—yanki se entiende—que labrará el bien de los indígenas, así como el de sus respectivos gobiernos. La libertad reglada por la ley, dará por resultado la paz; y en las diversas vías del tránsito al travez del Istmo, en las cuales *tenemos tanto interés*, se hallará seguridad y protección.»

El sesudo historiógrafo venezolano J. L. Andara

afirma á este particular «que los estadistas norte-americanos preveían el desarrollo del coloso, que se ha efectuado, con la precisión implacable de una ley biológica.» Y nada más cierto. Unicamente nos resta ver el epílogo de la profecía de Buchanan : *el bien de los centro-americanos y su libertad reglada por la ley, dándoles resultados de paz,*» concedida por los *republicanos del Norte*. Cuanto á interés ya sabemos que sí hallan seguridad y protección—siendo yankis—del gobierno de la Casa Blanca. Si del bien de los gobiernos Centro y sur-americanos se trata, nadie se atreverá á negar los beneficios recibidos del republicanismo anglo americano : Nicaragua, Chile, Colombia y Santo Domingo testificarán afirmativamente. Pero lo que sin duda constituye una gloria de esa maravillosa raza es su culto por la libertad : hace poco informó el cable que el Gobierno de la Unión hacía saber á los *republicanos* panameños que la candidatura del Doctor Carlos A. Mendoza era excluida clara y terminantemente, y se *designaba* al señor Samuel Lewis para *ser elegido* á la Presidencia de la pseudo República. Esto prueba —á pesar de las bravatas de Arosamena y de Belisario Porras—que los yankis tarde ó temprano acabarán, y en nombre de la *Libertad* con la *soi disant* República del Istmo.

Pero con solo contemplar el cuadro social y político que en su mismo seno presenta el pueblo norte americano, es suficiente á no dudar un instante de su amor por la libertad. En esa nación el odio de razas y de clases se vigoriza cada día. Y es que el número é importancia de factores opuestos al espíritu republicano y al imperio de las leyes democráticas se aumenta por momentos. El culto de la mayoría por el oro y su acumulación en reducido número de individuos, hacen irrisoria la igualdad republicana-democrática, toda vez que disciplina la voluntad de la mayoría, someténdola al capricho de los poseedores del numerario, quienes automatizan al hombre extinguiendo el germen de la individualidad ciudadana. Y esos mismos

poseedores del oro son quienes precipitan su nación en las *empresas* imperialistas, tan pródigas en dolars. De ahí mismo el odio de clases, *justificado* por el deseo de acumular, que satisfecho *ennoblece* y proporciona los honores oficiales de la República Modelo; ahí también la fiebre de expansionismo hacia el Sur; y sin duda la fácil adquisición de la *nobleza del cuarzo* por el hombre de color, es lo que aviva el odio de los blancos que no le quieren perdonar la igualdad del abolengo.

Ahora bien, ese pueblo burla todos los tratados internacionales cuando así conviene á sus intereses. No puede ser otra la doctrina de una agrupación donde la justicia interior es vana palabra.

Pero veamos cómo es peregrina la «fé púnica» de la nueva Cartago y juzguemos la filosofía fenicia revelada por el publicista yanki Archibal Pary en su conferencia de la Sorbona de París:

«Otro rasgo—dice—del carácter nacional causa á menudo dificultades á los hombres responsables de los destinos de la República: es una cierta impaciencia para soportar los deberes impuestos por acuerdos escritos, cuando ellos no están en relación con las condiciones existentes.

«Si un tratado deja de ser un día ventajoso, se le considera como caduco, y, en lo adelante, exento de todo carácter de obligación. Para ello *se cuenta siempre en el Congreso con miembros irresponsables*, que interpretan éste sentimiento.

«Es verdad que éste desden de las obligaciones escritas, de los enmohecidos pergaminos», *caracteriza generalmente á la democracia moderna*; por tanto, es necesario reconocer que hay en el carácter americano una marcada tendencia á situarse fuera de las leyes; resultado éste de su *individualismo* y de su *desenvolvimiento independiente*. Reconoce la necesidad

de la ley, pero no la mira como sagrada, ni como indispensable en todas las ocasiones.

«Sus tendencias prácticas y su inaptitud á comprender la solaridad social le hacen dedicar mayor atención á las necesidades del momento que á los principios generales y abstractos. Sin embargo el pueblo americano ha dado pruebas al mismo tiempo de un vivo sentimiento de honor, como *ningún otro* pueblo, y *toma muy en serio sus obligaciones morales*.

«Las naciones, como los individuos, carecen á menudo de lógica, lo que las expone á ser acusadas *de deslealtad por vecinos intransigentes*, sobre todo en los pueblos anglo-sajones, cuyo espíritu no es tan riguroso como el de los franceses y los rusos.

«Es por lo que á veces se les trata de hipócritas. Si por determinadas premisas el inglés ó el americano se ve arrastrado á conclusiones que no le placen, presinde de las premisas y salta á las conclusiones que de antemano le convienen. No consiente que los razonamientos le encierren en una situación que su buen sentido condena; guiado por un instinto seguro, toma el partido que mejor le parece, sin preguntar si el derecho lo juzga ilógico.»

El conferencista en apoyo de su tesis, cita como ejemplos el maquiavelismo empleado con Inglaterra en el tratado Clayton Bulwer, y la conducta del Gobierno de Wáshington, «no conforme á la paladra empeñada» en el asunto de la inmigración china. Ese desprecio por los tratados públicos, por las obligaciones internacionales, no es original en el pueblo yanqui: fué siempre el procedimiento seguido por los pueblos conquistadores. Pero la pretensión de legalizar moralmente ese procedimiento de la fuerza sí pertenece exclusivamente á los republicanos de la cachiporra.

Pero ya se vé es - al decir del conferencista — «una característica democrática» ¿Cual sería ese

pensador mohatrero que situó *fuera de las leyes comunes* el individualismo y la democracia? ¿Se refriría acaso al individualismo de Oscar Wilde y alguna democracia africana? No es dudable á juzgar por el criterio que lo informa. Pero conocido ese *espíritu democrático* de la *Gran República* ¿debemos los sur-americanos pausar por él nuestra conducta política? ¿Y deben los pueblos del continente Sur, tomar tan en serio *las obligaciones morales* como la República Modelo, que según el conferencista «prescinde de las premisas que no le placen (en un asunto á que esté obligado) y salta á las conclusiones que de antemano le convienen?» Estas preguntas serían incontestables, si los pueblos se orientaran política é internacionalmente por los viejos principios de la que según el criterio yanki, debía llamarse *metafísica de Derecho Internacional*. Pero no sucede así, aunque pese á quienes creen en el sortilegio místico de la intervencióa divina en el gobierno de los pueblos. El pueblo norte-americano avasallando todos los principios del derecho de gentes, satisface una necesidad intrínseca de su organización social y cumple—quizá sin darse cuenta—los imperativos de leyes étnicas que lo impulsan á vivir. Una inquisición histórica de buena lógica nos hace palpar los repetidos y abrumadores retrocesos sufridos por la civilización en el curso de los siglos. Pueblos civilizados perecieron muchas veces en la inundación de sangre de la guerra, vencidos por otros, más bárbaros sin duda, pero épicos, vigorosos y por consiguiente más aptos en la lucha por la vida. Se repite en esto lo que á diario sucede entre las especies animales y sus individuos: subsisten los más aptamente adaptables al medio de vida en que se agitan: justifican, sin indagar mucho estas verdades, la extinción del imperio romano por pueblos bárbaros y la derrota de los laboriosos y civilizados árabes por los destructores soldados godos. Además, el eclipse total de la Edad media, después de la esplendorosa mañana de la civilización greco-romana ¿no prueba acaso que la marcha de las sociedades no está regida por ley moral alguna? Hay

que aceptarlo por doloroso que sea: las naciones ó mejor dicho la humanidad está regida por cánones etnológicos, que mecánica y fatalmente precipitan los unos pueblos sobre los otros, obedeciendo á aparentes necesidades políticas del momento, pero siguiendo en realidad la tiranía de las biológicas.

Si alguien duda de ello, que presente la *ley moral* que hinchó las velas de las carabelas conquistadoras en Europa y las lanzó rebosadas de aventureros sanguinarios sobre las civilizadas razas de Montezuma y Manco Capac.

Pues bien, convenzámonos, esas mismas leyes que permitieron ó pautaron la desaparición de pueblos y de razas, esas mismas graban la doctrina imperialista en los corazones norte-americanos. Es una necesidad de vida, un imperativo de expansión. Esa raza que «no conciente que los razonamientos la encierran en una situación que su *buen sentido* condena» y que «guiada por un *instinto seguro*, toma el partido que mejor le parece, sin preguntar si el derecho la juzgará ilógica,» no hace sino satisfacer una necesidad intrínseca de su vientre joven que le pide alimento. Y por ello la fuerza y el maquiavelismo constituyen sus armas; armas peligrosas que esgrime y *tiene que esgrimir*. Se dirá que así la pillería y el despojo quedan establecidos como principios de una legislación de violencia internacional. Y efectivamente pasa de este modo, pese á los reglamentadores de esa piratería mundial que irrisoriamente se denomina *Derecho de Gentes*. La constante construcción de *Dreadnoughts*, las demostraciones navales y los bombardeos, prueban que si los modernos piratas no derraman más sangre, es sin duda debido á la mansedumbre de las víctimas.

Ante ese corsario del norte, los pueblos hispano-americanos tienen una sola táctica que seguir: olvidar, ó descreer al menos, la existencia de toda doctrina norte-americana que no esté informada por el

criterio pirático del imperialismo ; desechar los principios abstrusos del Derecho Internacional, cuidándose de no empeñarse en contratos económicos con estos Sillocks bélicos ; y buscar el oro para nuestras industrias y el crédito para nuestras necesidades en los países del Sur de Europa.

Para advertir las demasías de los republicanos de Norte-américa, oigamos á uno de sus modernos hombres de estado : «El pueblo de Nicaragua está cansado de las luchas fratricidas ; pesa sobre sus hombros una enorme carga, y desea entregarse á las labores pacíficas. Lo único que necesita ahora es dinero para llevar adelante las funciones del Gobierno. Difícil, si nó imposible, será levantar el crédito del país sin nuestra ayuda inmediata. Llevemos á Managua un tutorado fiscal como el que acordamos con Santo Domingo y se habrá conjurado la crisis. Como el Presidente Cáceres de esa isla antillana, Estrada se muestra dispuesto á que le manejen su erario. Pagaremos las antiguas deudas de la República, amortizando las rentas, y con la diferencia sostendremos el Gobierno que más convenga á nuestros intereses.»

Ahora bien, para que se juzgue la probidad fiscal de estos modernos fenicios nos remitimos á la información del corresponsal de un periódico hispano americano, en un asunto económico dominicano :

«Refiérese que un señor de nombre Jacob Hollander, profesor oriundo de Baltimore y catedrático de la Universidad John Hopkins,» á quien por razón de haber dirigido en Puerto Rico ciertas operaciones financieras, como la del canje de la moneda española por norte-americana, con objeto de normalizar su sistema rentístico después de la perturbación que trajo el cambio de bandera, se tenía aquí por un gran economista, y al firmarse entre el gobierno de Santo Domingo y el Presidente Roosevelt el tratado en que se le concedía á los Estados Unidos el derecho de tomar posesión de sus aduanas para los fines de la liquidación de sus antiguas deudas, fué enviado á

aquella República para efectuar el traspaso. En el desempeño de ese cargo el profesor Hollander recibió buen sueldo y dietas que le pagó el Tesoro de los Estados Unidos en un total de \$ 26.000; pero no conforme él con esa cantidad le cobró *al gobierno de Santo Domingo* sin el conocimiento de sus superiores de Wáshington, la enorme suma de \$ 150.000 en concepto de honorarios. Enterado el Presidente Taft de lo caro que le había costado á la República Dominicana *la elección de economía* que le había dado el emisario Hollander, ordenó una investigación, la que sacó á la plaza pública aquel nacional escándalo. Nada resultó de la pseudo depuración del abuso que suponía el cobro exorbitante á un país en situación paupérrima de retribución que ya había sido pagada por este Gobierno, y el *gran economista* retuvo los \$ 150.000, sin, que nosotros sepamos, haya sufrido su prestigio en el concepto de los imperialistas.» Y añade no sin razón el cronista: "Probablemente Mr. Hollander se está preparando en estos momentos para ir en comisión á Nicaragua á *equilibrarle sus perturbadas finanzas.*" Pero puede creerse que es este un hecho aislado en la política moralizadora de la República Modelo. Y como además la *lección económica* se dió con el tesoro de una pobre y distante republiquita, vamos á presentar otro ejemplo del *desinterés púnico*, cuyas consecuencias son más graves, ya que se trata del propio tesoro de la Gran República empeñada en la moralidad política de las naciones de Sur américa: El World publicó hace algunos meses un artículo donde afirmaba haber sido obtenido el *control* de la ruta de canal ístmico de Panamá por los señores Charles P. Talf, Willam Nelson Cromwel, Doglas Robison y J. Plerpont Morgán, mediante la cantidad de cuatro millones de pesos. Añadía el mencionado periódico que Mr. Roosevelt, Presidente entonces de la República y cuñado de Mr. Robison en unión de Willam H. Talf, Secretario del Estado en la misma época y cuñado de Charles P. Talf hicieron posible la venta del canal, adquirido

por los mencionados ciudadanos, á los Estados Unidos con beneficio *módico* de treinta y seis millones de pesos. Pues bien, el periódico acusador continúa circulando libremente y su Director, Mr. Joseph Pulitzer, no obstante la acusación de libelista enviada al Congreso por el Presidente Roosevelt, y después de mil incidencias, permanece sin sufrir castigo alguno; lo que hace creer que el World denunció un hecho de todo punto cierto.

Ahora bien, es de parar mientes en las personas á quienes acusa el periódico americano como especuladores con el Tesoro Público. Personas prominentes, algunas de las cuales ocupan altos puestos en la administración pública, es decir, individuos que forman la clase social norte—americana que condena á nuestros hombres públicos como poco escrupulosos; y que con ese pretexto trabaja por la intervención yanki y la tutoría económica de nuestros países.

Veamos ahora otra faz política del maquiavelismo republicano de los *demócratas* del Norte. Mr. Root después de su visita á Sur-américa se expresa como un apóstol celoso del *derecho*: «no queremos victoria alguna; no deseamos más territorio que el nuestro, ni más soberanía que la soberanía sobre nosotros mismos. Consideramos la independencia y la igualdad de derechos de los menores y más débiles miembros de la familia de las naciones con derecho á tanto respeto como los de los grandes imperios y consideramos la observancia de dicho respeto como la principal garantía de los débiles contra la opresión de los fuertes. No pretendemos ni deseamos derecho alguno, privilegio ó poderes que no concedamos libremente á cada una de las Repúblicas Americanas. Deseamos aumentar nuestra prosperidad, ensanchar nuestro comercio, aumentar nuestra riqueza, nuestro saber y nuestro espíritu; pero nuestra concepción del verdadero medio de realizar todo esto no es de derribar á otros y de beneficiarnos con

su ruina, sino la de ayudar á todos nuestros amigos para la común prosperidad y un desarrollo común, de modo que podamos engrandecernos todos, y, juntos, llegar á ser más fuertes.»

Los dominicanos, colombianos y nicaragüenses podrían decir si el *imperio del norte* se ha beneficiado ó no con la ruina y el despojo de sus respectivas nacionalidades. Las piquetas americanas que rompen el *ilismo*, van rasgando entrañas colombianas; y la *prosperidad económica* de Santo Domingo, se debe sin duda al benéfico genio del economista yanki, Mr. Hollander.

Con todo, esta *doctrina de altruismo internacional* de los Estados Unidos, *neesitaba un argumento* que en buena lógica la legalizar ante los países del mundo. Así, porque había que combatir el *concepto egoísta y mezquino de la Patria*, y destruir la *paradoja lírica* de ese *criterio reducido* que mueve guerra entre el *recinto ridículo de sus aisladoras fronteras* al bien universal y al avance humanista. El imperialismo tuvo ya su *doctrina civilizadora*. Ahora disfraza fácilmente su ambicioso *nacionalismo patriótico*, probado en la pugna en que vive contra los poderosos *pueblos civilizados* del continente europeo, con quienes debía armonizarse en causa del *noble ideal común*. Pero ya sabemos que el egoísmo nacionalista se apodera de la conciencia colectiva de todos los pueblos. Será por eso que la conciencia fenicia de los norte-americanos vela contra Europa por la *propiedad y prosperidad* de los pueblos débiles del continente sur-americano. Y por eso y por sobre la elocuencia de los cañones de Uncle Sam, afirma Mr. Roosevelt peregrinamente que «desde el punto de vista de la humanidad—que le preocupa mucho—es un *deber benéfico* para una nación poderosa intervenir en la política de un pueblo débil presa de divisiones domésticas.» Y seguramente afirmando ese *elevado* pensar yanki es que aseguraba el mismo Coronel en su conferencia de París el «*deber* de todo hombre de estado honrado en guiar á la na-

ción de tal modo, que esta *no cause daño alguno á otra nación.*»

Orientado por estas demasías humanistas del furibundo cazador del Norte y por el criterio de Mr. Root, es que el Presidente Taft, muestra el altruista interés que la tiranía de Zelaya en Nicaragua despierta en el pueblo yanki, que tan generosamente se ha manifestado. «Durante el año pasado—dice el mencionado Presidente—la República de Nicaragua ha sido la escena de internas contiendas. El General Zelaya, por diez y siete años dominador de Nicaragua, fué en toda su carrera el perturbador de la América Central, y se opuso á todo plan para la promoción de la paz y de las relaciones amistosas entre las cinco Repúblicas. Cuando el pueblo de Nicaragua fué finalmente lanzado en la revolución por sus ilegítimas exacciones, él violó las leyes de la guerra por la *injustificable ejecución de dos ciudadanos americanos* que se habían alistado regularmente en las filas revolucionarias. Estas y otras ofensas constituyeron al Gobierno americano en el deber de tomar medidas, en miras de alcanzar reparación y protección de sus intereses. Esto envolvió la ruptura de toda relación diplomática con el Gobierno de Zelaya, por las razones consignadas en una comunicación del Secretario de Estado, que también notificaba á las facciones contendientes en Nicaragua que nuestro Gobierno exigiría estricta cuenta de los ultrajes á los derechos de los ciudadanos americanos. Fuerzas americanas fueron enviadas á ambas costas de Nicaragua, listas para cuando llegara la oportunidad de proteger los americanos y sus intereses, que permanecieron allí hasta que se concluyó la guerra y retornó la paz á aquel *infortunado país*. Estos acontecimientos, juntos con sus continuas exacciones, llevaron á Zelaya á comparecer de una manera tan clara ante el tribunal de la opinión pública, que fué forzado á dimitir y á buscar refugio en el extranjero.»

Este es el humanismo de los republicanos de Washington. Y el procedimiento político y económico en esa república centro-americana, acusa la virtud púnica de los nuevos cartagineses. El altruismo con que se ocupan de Sur-américa es laudable: ahora están abriendo el canal de Panamá, para efectuar á cabalidad nuestra civilización merced al círculo comercial de sus navíos y al *bloqueo pacífico* de sus acorazados, que como inmensos peces de presa permanecerán flotando alrededor del continente y atisbando vorazmente sus costas. Aguijado por el deseo de civilizarnos es que el Gobierno de los Estados Unidos se *preocupa* por el estado político de los pueblos hispano americanos. Hoy por ejemplo el *gobierno protector* del Norte solo piensa en el estado de México al sobrevenir la muerte del Presidente Díaz. Al menos el publicista francés Ernest Judet afirma que en los Estados Unidos "*hormiguan en los periódicos historias melodramáticas que pintan con tristes colores la civilización de México: motines, riñas, desórdenes, descargas de fusiles forman un siniestro cuadro que sorprenderá tanto más cuanto que la prosperidad y la buena administración de la República hermana son lugares comunes aceptados hace mucho tiempo entre nosotros sin protesta.*" Veamos que no solo se *ocupa* la República Modelo de las nacioncitas centro americanas atacadas por el bacilo de la rebelión; sino que el conquistador busca pretextos y lanza inventivas, por medio de su indocta prensa, que justifiquen su procedimiento con países, que aún siendo civilizados y laboriosos como México, tienen que sentir en su seno al igual de la misma Unión norteamericana y de toda nación libre—las conmociones de la vida republicana agitada por los partidos y los intereses.

Ese pueblo de conciencia judaica, ese pueblo de modernos y potentes fenicios es el que se atraviesa en la vida política de las naciones sur-americanas. Hay ante él un dilema para la raza hispano-americana: cruzarse de brazos ante el destino y perecer entrega-

dos al *fatalismo* como almoravides, ó *disciplinarse democráticamente* (porque ya sabemos que la tiranía y la anarquía internas le abren paso á la conquista destruyendo la virilidad y decretando la miseria) y aliarse entre sí los pueblos hermanos á la vez que atraer capitales é intereses europeos que detengan los vuelos bélicos del águila del Norte.



LA RAZA HISPANO-AMERICANA

Ante el empuje constante é indiscutiblemente vigoroso de ese gran pueblo del Norte, aparecemos nosotros, los sur-americanos, no como los sucesores de aquellos latinos que un día enfrenaron la voracidad de los cóndores de Cartago con la fuerza y entereza, que era libertad en los legionarios del Lascio, sino debilitados por la anarquía y por el zarismo, herencia fatal de la raza fanática, parasitaria y cruel que un día plantó su cruz y sus pendones absolutistas en nuestras cordilleras y en nuestras conciencias. Y es que la raza esta que formamos los sur-americanos, no es étnicamente latina, porque si prescindimos de los prefijos y sufijos de nuestro idioma y de la armonía de algunos de sus giros, el latinismo traído por el español á nuestro continente fuera nulo, ya que en la sangre de los mayores del conquistador circularon en demasía elementos biológicos, certíberos, fenicios, cartagineses, godos, herbéricos y árabes.

Ahí que de la gran civilización latina tengamos acaso como herencia única algunos preceptos jurídicos de las Pandectas, de antemano infringidos por la vehemencia pretórica, natural ancestro visigodo que

sabiamente armonizó un día el *Fuero Viejo* español. Y sin lógica que nos asista y á guisa de su posición aventurada, puede hasta afirmarse que algo recibimos de la entereza guerrera de los conquistadores romanos, haciendo no obstante una clasificación entre las armas de aquellos legionarios, cuyas puntas esculpían el pedestal de la Patria y las nuestras, vigorosas piquetas que cavan la sepultura á la Patria americana.

Sucede con nuestro *latinismo* lo mismo que con el sajonismo de los norte-americanos, donde el elemento sajón de los primeros colonizadores y aun el mismo aborígen yanki, se ha perdido en el conglomerado teutón, eslavo, *latino*, *galo*, *africano* etc, que aportó y aporta á la Unión la inmigración alemana, rusa, francesa, austriaca, italiana, africana etc. Y es de advertir que esta última raza se ha multiplicado en el continente Norte de la América más que la blanca; y que en no pocos triunfos de civilidad, aparece más de un nombre ilustre que escriben manos negras.

Conocido esto, es de buen juicio desechar los razonamientos de raza cuando se quiera juzgar los pueblos del nuevo mundo. Se sabe que la civilización norte-americana no es anglo-sajona únicamente, sino europea, y que en nuestra raza hispano-indo-negra no hay retoño alguno de *latinismo*, sino un renuevo español, hijo de la misma civilización europea, que si nó ha alcanzado el *progreso* que pulula en el Norte se debe á que la poca corriente inmigratoria encauzada hacia el Sur permitió al aborígen indolente—lo que no sucedió en el Norte—subsistir con sus costumbres y neutralizar el esfuerzo del elemento extraño. Una prueba inconcusa de ello, la estan dando la Argentina y el Brasil, donde el elemento europeo empieza á sacudir la inercia del tipo indígena nacional.

Si al recuento de los vicios y virtudes vamos no me parece muy envidiable un país donde en pleno siglo XX se azota *legalmente* en las plazas públicas y donde los hombres llegan á tener la altísima idea de-

mocrática de hacerse justicia por sus propias manos, con el caso *sancionador* de buscar cómplices de su *justicia* á seres completamente ajenos á la ofensa recibida. Esta es la *ley de linch*, seguramente *inspirada en el jurado*. No sé por otra parte que pueblo civilizado es ese que primero necesita una guerra civil para extinguir la esclavitud de los negros y que luego los excluye de sus teatros, hoteles, tranvías etc.; de ese pueblo que según Tocqueville posee al lado de una legislación democrática costumbres más aristocráticas que todos los imperios conocidos, fincadas en la acumulación de fortunas no siempre adquiridas en la labor honrada; no sé repito, pueda habernos traído á Sur-américa “la superior gerarquía de la democracia que—según un escritor—no es cosa que se hace en las legislaciones sino que se crea en las virtudes públicas.”

No tenemos los sur-americanos virtudes públicas que poner de relieve; pero la nación del Norte tampoco las tiene. A no ser que la riqueza valga por todo lo que la filosofía, la razón y la historia nos presenta como tales. Y si la posesión del oro en realidad constituye la suprema virtud pública de las naciones no olvidemos—á pesar de ciertas afirmaciones contrarias—que sí hay pueblos en el Sur de nuestro continente, y de nuestra raza que se “acercan á días mejores en esplendor y pujanza,” ó que mejor dicho, *están viviendo espléndida y pujantemente*.

La democracia bien entendida no puede ser sino una religión de trabajo, que tiene por dogma supremo el interés general de las colectividades sociales, por pecado capital la ociosidad y por premio individual el dominio de la propia vida concordado con la libertad del mancomún.

Es esta una religión distinta á todas las otras en su esencia: entre sus apóstoles y ministros no debe existir más gerarquía que la de la aptitud. Tan así que el Agora se ha presentado como la mejor obra de

la democracia ; y de allí no excluía el pueblo griego sino á quienes se hacían dignos de ello.

Pues bien, esta religión del trabajo, considerada por otras como *castigo de cierto pecado imaginario* no ha imperado ni en el Norte ni en el Sur del nuevo mundo. En la América Septentrional porque un grosero interés individual, egoísta, destruye el bien general; y haciendo casi imposible el sostenimiento de la vida á la gran mayoría trabajadora, permite la afirmación bíblica de ver en el trabajo un castigo. Veamos ahora con más detenimiento la causa ó causas que han obrado el mismo *milagro de inercia* entre nosotros.

Descendientes de los pueblos guerreros que ocupan la península ibérica, heredamos no solo la sed de sangre agena que caracteriza á los animales de presa, sino algo peor : el parasitismo animado por esa psicología vampírea y cobarde que vela el sueño ageno ó acecha la debilidad para robarle la economía de su labor. Bomfín citado por Zumeta afirma que en los postrimerios del siglo décimooctavo arrojaba el censo de España el guarismo de "3.800,000 hombres, de los cuales 1.221,000 eran eclesiásticos, soldados, abogados, empleados fiscales, estudiantes y criados, y del resto había de descontarse la masa de mendigos, vagos y rufianes." Según el mismo escritor brasileiro en Portugal sucedía algo semejante. Y afirma que ese parasitismo rufianesco era resultante de la ociosidad en que la paz colocaba á aquellos pueblos bélicos, desconocedores de toda labor agena al *arte* de la guerra ó al no menos productivo *del robo*. Terminada la conquista de las Américas, donde según Bomfín : "treinta años después no habría podido sospecharse que habían existido imperios como el de México ó el del Perú, populosos, fuertes, avanzados con todo un mundo de tradiciones" ; no siendo posible reencender las hogueras inquisitoriales para acometer nuevas despropiaciones religiosas ; y no dando el indio doblegado sobre el surco el rendimiento esperado, importaron

los conquistadores al africano y se durmieron en sueño de oro endulzado por el ritmo musical de la piqueta esclava golpeando sobre el cuarzo del filón.

Así sorprendió al peninsular la grito revolucionaria del americano del siglo pasado. Pero creada la República en la América española el mal subsistió.

Es que la democracia no podía prender su raigambre en corazones fertilizados por sangre de mandarines, ni sentar sus principios en un medio donde la coyunda del trabajo tenía excepciones para unos pocos, á quienes el suplicio del cansancio de inmensa mayoría laboriosa proporcionaba los placeres de un sibaritismo oriental y parasitario.

En la prensa sur-americana entera se lee á diario y año tras año una cantilena de economía política. En cada una de las Repúblicas del continente los periódicos denuncian la miseria pública como el mal supremo, y entregados á inquisiciones de economía parroquial, resuelven el renacimiento nacional de su respectivo país con las más peregrinas y sobre todo *originales* aplicaciones *teóricas* de la (1) *plutología*. Se invocan los principios más acabados de esta ciencia, pero cuando milagrosamente se ponen en práctica ninguno espiga en plata ni presenta la pomposa y específica flor de oro. Es que el gusano del privilegio les devora el cogollo y succiona la anémica savia de unas tierras empobrecidas por las exacciones.

Los economistas sur americanos deben convenirse de una verdad dolorosa: que el prólogo del engrandecimiento económico de las naciones del continente, no esta reservado á la exactitud matemática de su ciencia, sino lógicamente asignado á los preceptos de esa otra rama de la sociología llamada moral

(1) Así propuso recientemente un escritor francés designar la Economía Política.

pública ; no deben olvidar que precisión numérica y la contundente elocuencia de la economía política de poco ó nada sirven, si nó están amparadas en las conciencias por las verdades subjetivas de la *lirica* moral ; que nada es posible en países donde el número de militares, titulares de médicos sin clientela, de clérigos, empleados públicos y políticos eclipsa en mucho la espantosa estadística de la España presentada por Bomfin ; de países donde se adora el parasitismo y se delira en el lujo.

Justifican esas enfermedades del continente la ignorancia popular que hace posible la servidumbre y el hambre en el pueblo y en el ejército ; servidumbre ó disciplina como la de la marina brasileña, donde el foete es el respetado regulador. Ignorancia, látigo y hambre que reviven la memoria de la colonia y que renueva la esclavitud en Yucatán, (México) donde "el esclavo no recibe—según afirmación de un escritor italiano—ni salarios ni alimentos.

"Le hambrean, le pegan y le encierran de noche en un parque que parece una cárcel." "Esto se hace—añade el mismo escritor hasta con ciudadanos de la Unión norte-americana." I si Sur-américa es escenario de estos trágicos é inhumanos dramas, ¿cómo púes no van á sentirse á cada instante temblores de agonía en el continente y desborde de arterias en los pueblos ?

Es verdad que la dolencia capital sur americana es la miseria ; por ella se llega á la abyección y por ella se desvanece el culto de la Patria. Sucede á los pueblos como á los hombres : la libertad de acción no se logra con palabras sino se compra con oro. Pero por una triste reversibilidad social, la riqueza de las naciones no se conquista sino con un fuerte fundamento de moral pública. Se dirá á guisa de réplica, que los hombres menos escrupulosos son quienes se enriquecen con más frecuencia y rapidez. Pero sin temor de equivocación, puede afirmarse que no sucede

lo mismo con respecto á las naciones. Estas como cuerpos colectivos necesitan la labor harmónica de sus partes en determinado sentido de progreso. Donde una minoría se sustrae el trabajo y succiona como el pulpo legendario, el producto del trabajo ageno y la riqueza general, cunde el desaliento en la mayoría explotada, haciéndola al fin negar lo mejor si nó todo su concurso en la obra general, en causa de lo negativo para sí misma de su esfuerzo. Como pruebas del poder de la moral social, ahí la Francia vencida y regenerada y engrandecida por un patriotismo que revela su virtud cubriendo la exorbitante indemnización guerrera impuesta por la Prusia vencedora; la Argentina tiranizada por Rosas, pero llevando en su seno la reserva social redentora de un partido político, cuyos miembros preferían la muerte á figurar en las filas y distinciones de aquella Restauración trágica. Y hoy mismo el pueblo bogotano justamente enconado contra los desmembradores de la Patria, no utiliza los tranvías de una compañía yanki y la hace quebrar, probando una vez más el *inmenso* poder del patriotismo y el vigor de los pueblos socialmente morales.

En las naciones donde no existe ese espíritu de solaridad, el bienestar general es un mito, que subsiste aun abundando el oro. Hispano-américa es un ejemplo palpitante—México actualmente desangrándose en guerra civil, en la vecindad del Coloso, bajo su esfera de acción política y económica, prueba dos cosas de manera inconcusa: primero, que nada útil derivan estos países en el acercamiento y *protección* de la República *democrática, virtuosa y justiciera* del Norte, y segundo que el zarismo de los Porfirios nada hace por la verdadera civilización y tranquilidad de las repúblicas hispano—americanas.

Es de creer que el estado de guerra civil suramericano responde—con ligera deferencia en cada nación—á dos causas: el parasitismo de un grupo que en cada país provoca la guerra ó la inicia por es-

especulación ; y á la desesperanza y vigor de la mayor parte de esos pueblos-partiendo del principio de no ir á la guerra los que están en decadencia—que ignorantes é ilusos, buscan *erradamente en las batallas* la muerte de esos mismos parásitos y el fin de sus miserias.

La lucha de los partidos políticos está en el actual momento histórico de la civilización, apoyada siempre en la instancia final de la guerra civil. Así pasa en la Inglaterra, en la Francia y en la Alemania. Y es esa amenaza la que muchas veces equilibra los inmensos intereses económicos de esas naciones; y las guerras internas que gravitan sobre esos pueblos, constituyen sin duda la garantía de sus mismos fueros sociales. Ahí que ese temor constante, esa vida de lucha venga á ser la vida normal de la libertad; y que la misma guerra inspirada por el patriotismo, como sucedía entre los griegos en el período de las luchas intestinas, sea una revelación de libertad y un anhelo de perfección. Pero cuando se habla de pugnas civiles no debemos referirnos á Sur-américa, porque las luchas de verdaderos partidos son aquellas que precedidas de un proceso de ideas, hace explosión bélica, denunciando el querer de una mayoría popular contra una fracción política del mismo país opuesta á su querer é interés. En los pueblos hispano-americanos nunca sucedió ni sucede de esta suerte.

Una parte del grupo parasitario, enojado por la imposibilidad de succionar, invoca la patria y sus fueros ultrajados y se lanza á *la rebelión armada*, arrastrando por la violencia á la mayoría del pueblo y por la persuasión á un pequeño grupo lírico casi siempre de jóvenes soñadores. Ya sabemos que la misma guerra de la Independencia no fué en un principio la traducción sangrienta del querer popular, sino el empeño lírico de *determinados* patriotas y la expresión celosa de una nobleza criolla, herida por la excepción de privilegios concedidos á la peninsular.

Ante ese historial de desastre de la raza debíamos hundirnos en un fatalismo musulmán y abando-

narnos á una tristeza de kábilaa derrotado en sus desiertos nativos. Más aún si vemos que en América hay una inmensa turba anexionista. Estrada Palma en Cuba, Huerta en Panamá, Estrada en Nicaragua y Dávila en Honduras, son los representantes de la sagrada agrupación de vende-patrias. Esta especie triunfante de civilizadores es otra ganga reservada á la raza sur-americana.

A pretexto de civilizar *sus pueblos* llamaron al moderno conquistador para que los mantuviera en el poder. Con la tiranía interior habituaron sus naciones á la servidumbre y extinguieron en las almas la noción del deber republicano. Y cuando una bullanga de esclavos los asustó gritaron desde la altura del poder, no como el almuédano árabe á la hora sagrada de morir y de orar, sino la hora bochornosa de la sumisión y del vencimiento.

Por fortuna no todo es ruina, derrota indignidad y pequeñez para la raza. Los pueblos resurgen de entre sus ruinas, como esos árboles que se cuelan por entre las junturas de sus piedras y que parecen alimentarse con la tristeza y desolación due los rodea. Se dirá que eso concierne á los pueblos decadentes; y que el símil de Sur-américa es el de un grande y marchito botón á quien alimentó generosa y fecunda savia y á quien faltando un escudo de sombra, calcinaron los rayos de un sol de fuego.

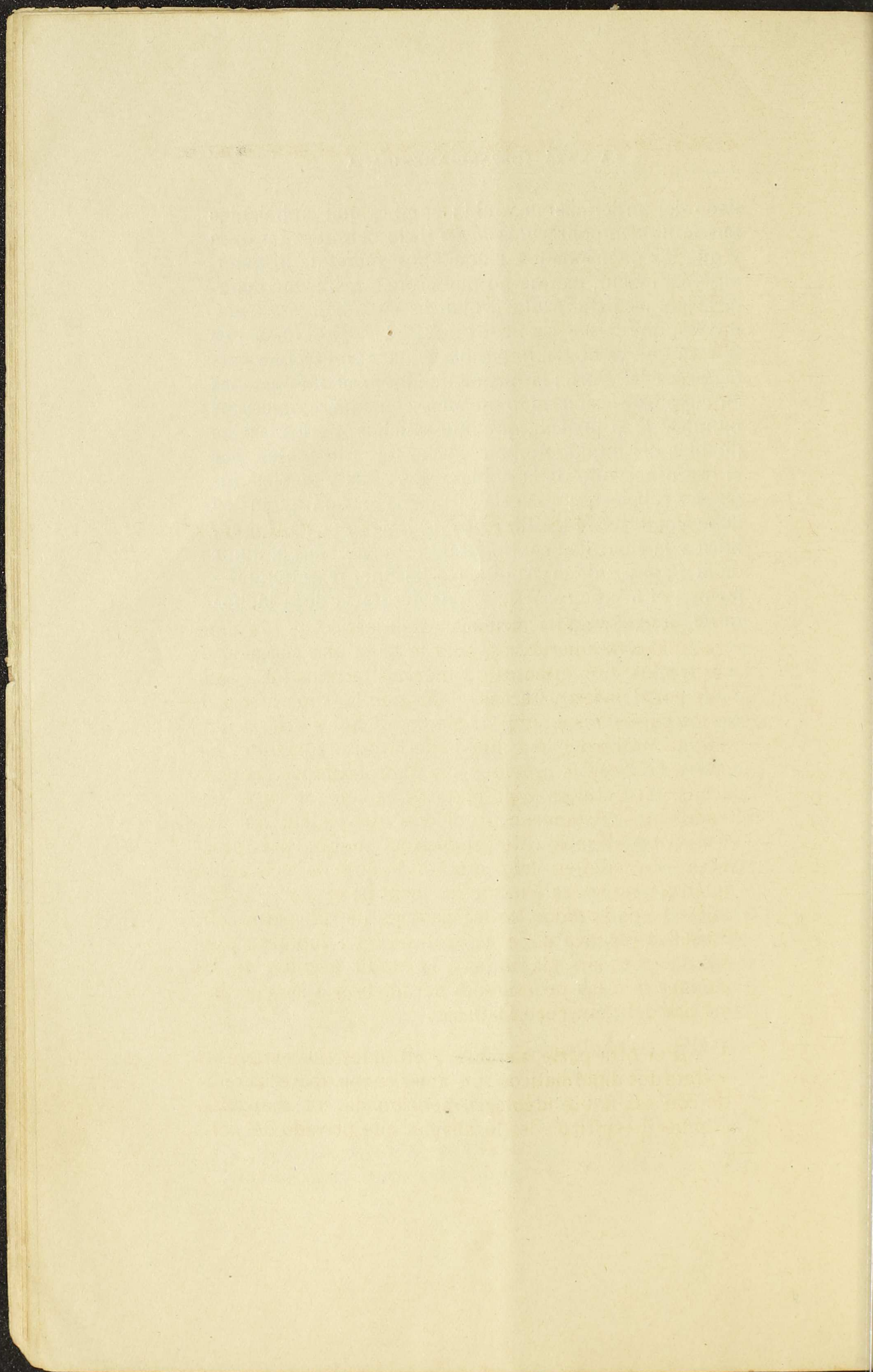
Pero el árbol y la rama verdean aún esperando el beso fresco de la amorosa primavera del progreso. Ya hacia el Sur florece el jardín del trabajo; y bellas blanquean enormes ciudades como flores de piedras, en cuyo cálices pululan alimentándose las laboriosas abejas del progreso. La obra de la raza crece y se agiganta. La Argentina un día desmartelada por la tiranía interior y por el ataque exterior presentaba el aspecto de una fragata azotada por el vendaval y perseguida en el océano de la desesperanza por ávidos y potentes corsarios. Hoy, es ya inmenso trasatlántico construido por navieros de la raza, y que en un año

mete y saca de sus bodegas un valor en oro de setecientos millones ciento seis mil seiscientos veinte y tres pesos. El Brasil, Chile y Uruguay ven también como florece en sus predios, abonada por el sudor humano, la amarilla flor de disco: la importación y exportación respectiva de esos países asciende en un año á 508 millones 214, 387 pesos, 214 millones 897, 790 pesos, 86 millones 448,056 pesos. Otros países de América presentan el fruto de alguna millonada; pero los citados dan una idea del ramillete que la raza ofrenda hoy en las aras del trabajo.

Si al hablar del vigor de nuestra raza, hacemos hincapié en la prosperidad económica de esas Repúblicas del Sur, es por que en este siglo se juzga la *civilización* de los pueblos—quien sabe si lógicamente—por su producción de harina, ó de manteca, de café y de tabaco. En causa de ella y para evitarnos el calificativo de líricos, no señalamos el vigor de la raza encarnado en las obras de sus grandes hombres de ayer y de hoy; raza en que hasta el delito es grande, según la expresión del escritor colombiano; raza que por una idea, por una pasión juega la vida y que posee toda la entereza de la juventud para estar degenerada. Raza en fin, que aporta sabios á la ciencia, artistas al arte y apóstoles á la libertad; hombres de ánimo esfozado é intelectos despejados que nada tiene que envidiarles, á los de otras cazas y continentes; pueblos que aun estando alejados de esos centros de civilización acumulada por el trabajo de las generaciones en el trascurso de los siglos, no descuellan por la bestialidad que enerva á los que se agitan á su alrededor entregados al refinamiento de una criminalidad monstruosa y á una inconciencia bestial y lastimosa.

Esta es pues la raza que constituye las Repúblicas de Hispano-América, algunos de cuyos ciudadanos renunciaron la ciudadanía que les ofrecía el nacimiento, por no sentir sobre sí la inquieta y pesada sombra flameante que en algunas partes del suelo americano proyecta el pabellón estre-

llado del imperialismo yanki ; sombra que anhelantes buscan los empobrecidos *nobles* de la heráldica europea y que los mencionados ciudadanos *indios* de hispano-américa evitan, ya que no pudieron impedir, arropándose con las listas azules y blancas de la bandera hegemónica que besan las brisas del Plata. Esta misma es la raza que ya no tan impasible se haya frente á los cartagineses del Norte; la misma que ha formado naciones en cuya legislación están nielados con sangre preceptos morales de la justicia, que aun muchos de los viejos pueblos del mundo no han hecho ley, detenidos por el brazo nervudo de la nobleza de castas y por los intereses religiosos ; es esta la misma raza á quien se debe enaltecer el sentimiento nacional en cada República y la solaridad continental en todas, pues el amor de la Patria y de la América—del Sur se entiende—forman el último recurso, si por desgracia llega la hora de la apelación suprema.





FRACASOS DE LA DIPLOMACIA

Recorriendo el historial diplomático de las alianzas hispano-americanas, solo se halla una sucesión de proyectos y de intentos quiméricos terminados siempre por dolorosos fracasos. Es que la diplomacia de estos países respondió ó mejor dicho sufrió—como era natural—del mal lírico de la raza, tomando bellas y quiméricas providencias ó forjosándose propósitos de taumaturgia diplomática que con ser muy elevados no solucionaron problemas que pedían sin duda menos elevación de propósitos y miran más prácticas. Sucedió en esto como en la obra de legislación interna: no se calcularon las contingencias é inspirados y enamorados los legisladores de la perfección filosófico-jurídica de leyes exóticas las adoptaron para sus naciones sin adaptarlas á la índole peculiar de los pueblos ni á las necesidades del medio y á las circunstancias del momento histórico.

Por otra parte, siempre y en todos los congresos y tratados diplomáticos sur-americanos apareció reñido con esa noble ideología mencionada, un mezquino é imbécil espíritu de localismo, que privado del con-

cepto verdadero de la Patria y de la raza, solo tuvo la mira de caserío y juicio de vecindario; juicio que enmarcado en la cordillera de su vecindad ó limitado en el horizonte por la margen verde del maizal, no podía alcanzar la extensión magestuosa del continente ni la grande de la Patria. Y el antagonismo entre esa ideología elevada y esa miopía de tribu, respondía ya á la audacia aventurera del conquistador ya al ancestro sedentario indígena.

A más de estos obstáculos intrínsecos, los pueblos hispano-americanos hallaron otros que no obstante de ser grandes eran superables: la distancia que los *alejaba* entre sí. Por sabido es supérfluo repetir que los convenios diplomáticos son obra deleznable de pluma, si algo materialmente, efectivo no los refrenda. Es que todo tratado de alianza entre pueblos, debe siempre estar sellado por un escudo de armas en cuya heráldica aparezca un número de cañones disponibles ó terminado por la rúbrica de un camino de hierro ó de una carretera que sirva de arteria comercial que los una y de vía militar que los defienda.

Los grandes hombres que soñaron y ejecutaron la Independencia política creyeron tener el fundamento de la alianza hispano-americana en la ignea y roja vía Apia de victorias y de sangre que abrieran con sus espadas atravez de las selvas de la esclavitud colonial y por sobre las inclementes cumbres de la tiranía peninsular; pero los Quijotes de la epopeya perecieron en el intento; y la tormenta de la demagogia hinchó las torrentes del odio precipitándolos sobre la gloriosa ruta, la inundó primero y las destruyó después. Ahí los múltiples y repetidos fracasos de la vaga y siempre desorientada obra diplomática *latino americana*.

Sabemos ya lo infructuoso de los proyectos genéricos de unión: en vano Miranda quimeriza la formación de una sola nacionalidad con las colonias ame-

ricanas. Otro tanto acontece á Belgrano y San Martín en la Argentina, O'Higgins en Chile, á Bejarano en Guayaquil, á Baquijano en Lima, á Nariño en Bogotá y á Cortés de Madariaga en Caracas. No se ignora tampoco que este último vá á proponer en nombre de Miranda la unión de Venezuela con el Virreinato, bajo el nombre de Federación Colombiana. Asi mismo se conoce la nota del Generalismo al Gobierno de Cundinamarca, contestada á nombre de aquel Gobierno por don José Acevedo Gómez. Y de ahí el tratado de alianza federativa de 1811, entre los dos Estados.

Después, en 1813 Bolívar resucita la idea de la Confederación Americana; pero en 1815 afirmaba la imposibilidad de fundarla con un mismo Gobierno: "No es posible—decía—porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen la América." Y dado á las grandes empresas se entregaba á ideológicas soñaciones: "¿Qué bello sería que el *Istmo de Panamá* fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un Augusto Congreso de representantes de las Repúblicas, reinos ó imperios á tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de otras partes del mundo." El sueño del grande hombre no se realizó y desgraciadamente ya no se realizará.

El año de 1816 el Director Supremo de las Provincias Unidas del Plata se dirigía á los pueblos sur-americanos en los términos siguientes: "Llegará el día en que coronados de laureles, vayan á unirse nuestras armas triunfantes, llevando desde los extremos del continente austral al centro oscuro como en sus últimas trincheras el despotismo agonizante, la paz, la fraternidad y la libertad, objetos adorados de tantos anhelos y de tantos trabajos..." Ya sabemos que no las armas argentinas, sino las de Colombia fueron las que se abrieron camino por entre el bosque de bayonetas

españolas y coronaron la cima de Ayacucho, cumpliéndose así el ofrecimiento que el año 18 hiciera el Libertador: "Luego que el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, ó que circunstancias más favorables nos permitan *comunicaciones más frecuentes* y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés á entablar por nuestra parte el pacto americano que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con aspecto de magestad y grandeza, sin ejemplo en los anales antiguos." Las armas venezolanas excedieron la oferta y quizá las esperanzas del genio: brillaron como cermáforos de Libertad en las cumbres del Cundurcunca. Y la magestad y grandeza innegables y fugaces de Colombia fueron puestas por el Gran Capitán en aquellos días de gloria al servicio de la América y de la Libertad. Mucho antes de la campaña del Sur renovaba Bolívar su promesa: "La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido el último de los tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará á *una sociedad* para que nuestra divisa sea *unidad en la América meridional*."

También en el año de 18 hablaba O'Higgins á los chilenos de "la gran Confederación del Continente Americano, *capaz de sostener su libertad política y civil*."

Pero demos un paso más por aquel escenario de inmortales y veremos que en él como en el de la tragedia esquiliana un sombrío fracaso envuelve los héroes y su obra. El año 19 los comisionados republicanos en Londres, Vergara y Peñalver, queriendo hacer algo concreto por la unidad americana comunican al gobierno revolucionario de Angostura haber comenzado una negociación con comisionados chilenos y argentinos á objeto de efectuar una "alianza ofensiva y defensiva, por la cual se comprometiesen las Repúblicas de la América á no hacer la paz con España sin el previo

reconocimiento de la *Independencia de todas* y á fin de que se mancomunacen en los créditos poniéndose antes del acuerdo sobre las cantidades. Pero don Bernardino Rivadavia, Ministro de Buenos Aires, se *negó por falta de poderes.....;Ofreció pedirlos!.....*"

Dos años más tarde un erudito colombiano, don Pedro Gual, Secretario de Estado y Relaciones Exteriores, instruyendo á los comisionados Mosquera y Arboleda que iban al Perú en nombre de la República Colombiana á exitar á los gobiernos del Sur á que enviasen Plenipotenciarios á Panamá les decía: "Repito á Usia que de cuanto llevo expuesto, nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una liga verdaderamente americana. Pero esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para la ofensa y defensa; debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de las pueblos. Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del Poder extranjero. Es indispensable que Usia encarezcan incessantemente la necesidad que hay de poner ahora los cimientos de un cuerpo anfictiónico ó Asamblea de Plenipotenciarios, que dé impulso á los intereses comunes de los Estados Americanos y dirima las discordias que puedan sucitarse en lo venidero entre pueblos *que tienen unas mismas costumbres, y unas mismas hábitos*, y que por falta de una institución tan santa pueden quizá encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas."

Una centuria de sangre y sombra justifican tristemente el temor de Gual. Ni la identidad de costumbres y de idioma fueron suficientes á reunir el "cuerpo anfictiónico y á evitar las funestas y desoladoras guerras." Rivadavia firmó en 4 de julio de 1823 un convenio con los españoles por diez y ocho meses.

Era el premilinar de otro de paz y amistad definitivas, que se celebraría por parte de su Magestad católica y de los Estados del Continente Americano.

Como es de lógica suposición, esto casi echó por tierra los tratados que ya se habían firmado por los comisionados colombianos los del Perú y Chile. Ahí que dos días antes de Ayacucho, el 7 de diciembre del año 24, Bolívar se dirijiera á los Gobiernos americanos y les pidiera reunir la Asamblea General, aún faltando algunas Naciones del Continente: "Diferir más tiempo-decía-la Asamblea General de los Plenipotenciarios de las Repúblicas que *de hecho están ya confederados*, hasta que se verifique la accesión de las demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella Asamblea desde su instalación. Estas ventajas se aumentan prodigiosamente si se considera el cuadro que nos ofrece el mundo político y muy particularmente el mundo europeo."

"La reunión de los Plenipotenciarios de México, Colombia y Perú se retardaría indefinidamente, si nó se promoviese por una de las mismas partes contratantes; á menos que se aguardase el resultado de una nueva y especial Convención sobre el tiempo y el lugar relativo á este grande objeto. Al considerar las dificultades y retardos por la distancia que nos separa, unidos á otros motivos solemnes que emanan del interés general, me determino á dar este paso con la mira de promover la reunión inmediata de nuestros Plenipotenciarios, mientras los demás Gobiernos celebran los preliminares que existen ya entre nosotros sobre el nombramiento é incorporación de los Representantes."

Y á párrafo seguido, y dando libertad á su brillante y sugerente estilo señalaba á Panamá como el lugar reservado por la Providencia para la realización de su sueño. "Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería el señalado para ese augusto destino, colocado como está en el con-

tro del globo, viendo por una parte al Asia, y por la otra al Africa y Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin, en los Tratados existentes. El Istmo está á igual distancia de las extremidades; y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera Asamblea de Confederados." Pero á pesar del empeño del Libertador, del de Colombia, del porvenir de la raza, quizá vinculado en aquella Asamblea-y del beneficio general inmediato de las naciones *latino-americanas*, la reunión de aquel Congreso fue un desastre político y diplomático, no obstante la pertinencia de su fin. Es verdad que si en ello hubo contribución de la Argentina, de Chile y del Brasil, tal vez temerosas de la hegemonía Colombiana, y por consiguiente contrarias al grande y noble intento, no deja de ser consolador para la raza sur-americana, saber que el principal agente de disgregación en aquel Cuerpo, fue el ya activo maquiavelismo yanki. Este se *negó al propósito de tomar medidas libertadoras ó de anexión sobre Cuba, Puerto Rico, Filipinas y las Islas Canarias, y á determinar á quien correspondían los gastos bélicos de esa empresa*, que hubiera sido eficaz, si se cumple la declaración-Doctrina Monroe-del Presidente de la misma Unión Norte-americana, para destruir toda forma de colonización *española* en el continente americano. En aquel desastre, también tuvo su parte la diplomacia inglesa negándose á proteger el Congreso.

Veamos pues, como razonaba para aquel entonces el ya diseñado imperialismo yanki, funesto desde su origen para el desarrollo de la política hispano-americana: "Hay leyes de gravitación política—decía en 1823 el Presidente Adams—lo mismo que física, y si una manzana desprendida por la tempestad del árbol que la producido, no puede sino caer á tierra en virtud de la pesantez, así Cuba una vez separada de España por la fuerza, será incapaz de sostenerse así mismo, y no podrá hacer otra cosa que gravitar hacia la unión Norte-americana, la cual según la misma ley de la naturaleza, no podrá rechazarla de su seno."

¿Quién se atreverá á afirmar que ese criterio del gran presidente americano no estuviera informado, como el que á este respecto, provocaba la hegemonía colombiana en las Repúblicas del Sur?.....Y con todo, en aquellos días la Doctrina de Monroe era morijerada por el mismo Presidente Adams: "Un arreglo entre todas las partes representadas en esa reunión (el Congreso Panamá) de que *cada uno se defenderá por sus propios medios contra el establecimiento de cualquier futura colonización europea dentro de sus fronteras, puede ser aceptable. Este principio que, hace más de dos años, mi predecesor anunció al mando como una resultante de la emancipación de ambas Américas puede ser aplicable á las nuevas naciones del Sur, de modo que ellas lo sientan como una necesaria seguridad de su independencia.*"

Y por carecer del argumento de los cañones, añadía en otra parte: "El propósito de este Gobierno es no entrar en nada que pueda significar hostilidad á Europa ó excitar justamente resentimientos de algunos de sus Estados. Si fuere conveniente contraer algún compromiso convencional sobre esta materia, nuestra responsabilidad no se extenderá á más de una promesa mútua de los participantes, *de mantener el principio aplicado á su propio territorio, de no permitir establecimiento colonial ó jurisdicción europea sobre el propio suelo de cada uno*; y con respecto á la ingerencia exterior, si su carácter futuro puede ser deducido del que ha sido y quizá es todavía, ejercido en más de uno de los nuevos Estados, una declaración conjunta de su carácter, y su exposición ante el mundo, podrá ser probablemente todo lo que la ocasión requiera."

Este criterio era opuesto al de Bolívar que pretendía la "*Alianza ofensiva y defensiva*" contra España y cualquier otra nación que hiciera el intento de subyugar alguno de los nuevos Estados sur-americanos. Era que la tal Doctrina se plegaba en aquellos tiempos como las alas de un aguilucho que oteando la presa la deja cebarse, mientras adquiere el vigor reclamado por la vida rapiñosa. No así el espíritu de libertad

y de justicia que seguramente animó al Gobierno Colombiano en 1825, y que aun siendo opuesto á la voluntad del Libertador, se exteriorizaba afirmándole que “el principio peligroso de intervención que algunos gabinetes del antiguo mundo han abrazado y practicado con calor, merece de nuestra parte una seria consideración, así por su tendencia á adelantar amortiguadas esperanzas de nuestros obstinados enemigos, como por las consecuencias fatales que produciría en América introducir una máxima tan subversiva de los derechos soberanos.”

Pero aparte de estas consideraciones, es indudable que Libertador conocía la índole cartaginesa de los anglo-americanos; y temiendo sus aviesas maquinaciones opinó por *no invitarles* á la Asamblea de Panamá, lo que al parecer fué contrariado, ya que su fracaso testifica la triste y fatal presencia en aquel Cuerpo de los paisanos del aventurero Walker.

Ahora veamos otras tentativas diplomáticas de alianzas sur-americana.

En 1831 y luego en 1838 invitó Méjico á las Repúblicas Centro y Sur-americanas á la reunión de un Congreso. Amenazada por los Estados Unidos y España aquella República, decía á la de Venezuela: “La unión y estrecha alianza de las nuevas sociedades para su defensa en caso de guerra extranjera, la mediación amistosa de las neutrales para cortar desaveniencias que ocurran entre una ó más Repúblicas hermanas, y un código de derecho público que instituya sus mutuas obligaciones y conveniencias internacionales, son objetos reales y palpables de la dicha común, y por fortuna muy asequibles, una vez que se resuelva la reunión de la Asamblea y que se nombre á los miembros que deban componerla.”

Esta diligencia diplomática no tuvo buen éxito, ni las que le siguieron en 1839 y 1840.—El aislamiento en que se dejó á Méjico hizo posible su desmembración: En Nuevo Méjico, Tejas y California flameó para siempre el pabellón de la República Modelo.

En 1847 se reunió en Lima por iniciación del Gobierno neogranadino un Congreso de Plenipotenciarios de Nueva Granada, Ecuador, Bolivia, Chile y Perú. Efectuó algunos trabajos de intercambio comercial é inmunidades consulares y cerró sus sesiones por inconcurrencia de los otros países hispano-americanos.

Y amontonando fracaso sobre fracaso se pretende reunir un congreso en 1857 por iniciativa guatemalteca; se firma en Santiago de Chile el año de 1856 por Chile, Perú y Ecuador y se somete á las otras Repúblicas del Continente, entre las cuales Costa Rica y Nueva Granada se adhieren, *siempre que la unión quede bajo la égida yanki.*

En 1864 otra invitación inútil de la República peruana. Y también infructuosas la invitación colombiana de 1881, para someter á arbitraje los litigios internacional sur-americanos; la reunión de 1888 en Montevideo de los representantes de la Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia y Perú donde no se logra más éxito que firmar algunos tratados sobre la propiedad literaria, Derecho Comercial, Derecho Internacional Privado, Derecho Procesal, Derecho Civil y Derecho Penal.

Por último el año de 1883, con motivo de la celebración del centenario del natalicio del Libertador Venezuela á iniciativa del Ilustre Americano, invitó á los pueblos hispano-americanos á un Congreso Continental que debía reunirse en Caracas para "delimitar fronteras de estas Repúblicas, aliarse para defenderlas, establecer entre ellas el arbitraje como único medio de dirimir sus controversias y proscribir del nuevo mundo el derecho de conquista." A este fin se concluyó un protocolo que firmaron en Caracas: *Guzmán Blanco, Carlos Calvo y Capdevila*, Ministro Residente de la República Argentina. *M. Omiste*, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia. *S. Camargo*, Enviado Plenipotenciario de Colombia. *J. P. Rojas Paúl*, Cónsul del Ecuador. *Martín J. Sanabria*, Representante de México para el Centena-

rio. *Guillermo L. Pareja*, Encargado de negocios del Perú. *L. Hernández*, Ministro Plenipotenciario del Salvador. *José Núñez Cáceres*, Comisionado de Santo Domingo. *Antonio L. Guzmán*, Consultor del Despacho de Relaciones Exteriores de Venezuela. Pues, bien, Chile devolvió sin abrir la invitación en causa de haber protestado el General Guzmán contra la invasión del Perú por aquella Nación vencedora.

La emulación colombiana que señalaba á Bogotá para lugar de reunión del Congreso y lo ingrato que era el Ministro colombiano al Gobierno de Venezuela, echaron por tierra el noble propósito y añadieron un nuevo fracaso á la historia diplomática suramericana.

Y como una burla justa á esta carencia de solidaridad de la raza, el *sajonismo* victorioso, dos años antes, en 1881, inicia por medio de Mr. Baine, Secretario del Estado, los Estados Unidos, que sigue el deseo del Presidente de la misma República, la primera de esa serie de Congresos ó Conferencias que se suceden en los años de 1901, 1906, 1908 y 1910.

Si el buen éxito de la armonía continental fuera de interés yanki, podríamos reírnos del fracaso de su intromisión; pero con certeza se sabe que la desunión y anarquía hispano-americanas, "*vienen entre las instrucciones perentorias de los delegados norte-americanos*"; así que solo debemos entristecernos por el hasta hoy repetido fracaso diplomático de la raza.

El 1.º de Mayo de 1858, el Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, comunicó al Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, la siguiente resolución:

Que el Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, comunicó al Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, la siguiente resolución:

Que el Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, comunicó al Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, la siguiente resolución:

Que el Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, comunicó al Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, la siguiente resolución:

Que el Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, comunicó al Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, la siguiente resolución:

Que el Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, comunicó al Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, la siguiente resolución:

Que el Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, comunicó al Sr. D. Juan Manuel de la Cruz, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, la siguiente resolución:

LA UNION COLOMBIANA

A todos esos fracasos diplomáticos sur americanos, hay que añadir la destrucción de la que fuera Gran Colombia; y los no menos dolientes por infructuosos, intentos de reconstruirla, que á más de denunciar, la pequeñez de los hombres, dejó en los espíritus el germen maldito del pesimismo. Ahí que solo reste el recuerdo de los débiles proyectos políticos perdidos y el abono lúgubre del desengaño. Parece que todo aquel heroísmo y grandeza de la raza emprendedora, se fueron en la sangre derramada en la iliada de la Emancipación, restándonos la ductilidad de los caracteres y el amargo historial de chasqueadas evocaciones republicanas. Sucesión de vergonzosos desastres aplastadores de los mismos hombres de la epopeya sur-americana, inhábiles ó fatal y políticamente amorales para normalizar en vida de paz los pueblos libertados. Una como desolación espiritual mata todo germen generoso en la conciencia que, por designio hampesco hase convertido en predio islámico donde el fatalismo reina solo omniponte y donde la voluntad anestesiada deja al milagro lo que en sí corresponde á la razón: ahí tantos Providenciales.

Y las ideas generosas, entre tanto se pierden en la apatía general, como esas aves que arrastradas por

el huracán é internadas en el desierto perecen en la desesperanza de los horizontes caldeados por el sol. Así, víctimas de la soledad y á las veces acogidos por el ridículo, perecieron los grandes pensadores de gloria, los desendientes espirituales de los forjadores de la nacionalidad americana. Nada sin su causa, nuestra vida morbosa con la suya. Virtual desde la época genésica de nuestra antigua nacionalidad, tomó luego las formas más propicias á precipitar el desastre de la Gran Patria Colombiana.

Bolívar fué el protagonista del primer acto del republicanismo Colombiano. Al rededor de aquel cerebro revoletearon los pensamientos y las ambiciones más opuestas, chocándose entre sí á semejanza de las mariposas deslumbradas por el foco magnetizador de sus vuelos. Y era que aquel hombre superior en su complejidad lógica ejercía una tiranía mental y unificadora impuesta por el destino.

A raíz de la Independencia pulularon á la sombra gloriosa del Libertador dos agrupaciones de hombres grandes y de distintas tendencias públicas: la de los héroes y la de los repúblicos. Por cultura, hábitos y temperamento tenían las más opuestas y aun peregrinas ideas republicanas. Algunos de alta talla épica "como Cedeño, *el bravo de los bravos*, el modelo de la subordinación y de la honradez, después de tantas hazañas y ya en los más altos grados de la milicia, preguntaba al Libertador, respetuosa y cándoramente *cundo le entregaba su provincia.*"

Y era que la República para este y otros de los impulsivos legionarios fundadores, tenía todo el misterio *incomprensible* y sugestivo de una hurí para la exaltada imaginación de un fanático almoravide.

Y contraste grande: era en ese mismo medio donde se agitaban, por supuesto con distinta orientación, pensadores como Francisco Antonio Zea, que teniendo graves ideas de libertad, la amaba á manera de un helvético: "Se puede escribir en nuestra edad

ser libre, como un inglés ; pero no como un ateniense, mucho menos como un romano, mucho menos como un lacedonio. Vivamos en nuestro siglo y existamos con nuestro temperamento". Y tal vez temeroso de no ser entendido á perfección por la primera generación republicana de Colombia, añadía : "no debe un pueblo constituirse abstrayéndose del género humano por teorías de perfección que no están en el orden de la naturaleza ni de la sociedad." El principio era verdadero ; pero toda la sociología filosófica del pensador no alcanzó á tranquilizar á la agrupación radicalmente republicana que lo tachaba de boliviano sospechoso.

¿ Qué ideas sugerirían á Constant, lector fervoroso del *drama* Colombiano, los párrafos de Zea?...

Con todo, y aun siendo ese pensador de sindéresis opuesta á la del generalato vencedor, era de los que menos preocupaban á Bolívar, puesto que Zea había declarado "absolutamente impracticable en aquellas circunstancias, el método popular y de censo". Esta lógica exposición lo situaba fuera de la agrupación radical republicana que, frente al elemento militar formó el terrible antagonismo político de aquella grave situación, simiente de amarguras para el alma del Libertador, que se hallaba fatalmente colocado en el centro de aquellas tendencias encontradas.

La una deseaba la formación de un gobierno militar que recompensara su pujanza marcial ; y se hacía justicia reconociendo inepta su rudeza para labores de cierta perfección política.

La otra agrupación seducida por las ideas del siglo, vislumbraba su papel secundario en un gobierno militar. Y guiada por el ideal republicano, entrevisto desde el comienzo de la lucha emancipadora, ofrecídole desde la aurora del 19 de Abril, pedía, reclamaba y luchaba por el Gobierno Federal, hecho ley por la Constitución de Diciembre de 1811. Carta ideal confeccionada por soñadores de bondad, por líricos

moralistas, nacida al aliento generoso del prólogo republicano y destrozada luego por las garras violentas de la ambición mandarinezca.

En ese océano de ideas y de odios tempestuosos tenían que perecer dos víctimas: el Libertador y Colombia. Bolívar no podía despreciar las opiniones de sus rudos compañeros de campaña; cohorteanos que más de una vez durmieron al suelo por dejarle sus hamacas, ó velaron de claro á claro en húmedas noches invernales, haciendo el cuido de su vida.

Y menos desdeñar las del procerato intelectual, que era la República en ciernes y el derecho celoso, entre cuyos guardianes además no escaseaban buenos tenientes.

En su cerebro de militar netamente ibero privaron siempre los principios de un gobierno lacedemonio, de una república espartana. Y el mismo ejercicio de tan largo y discrecional mando, unido á quien sabe que atavismos guerreros de raza lo predispusieron al gobierno aristocrático. Con ese pensar escribió la Constitución Boliviana, que fué la síntesis psicológica política de aquella grande alma. Esa misma la causa de haber ejercido poder tan absoluto como el suyo; esa fué la voz de alarma, de disgregación y guerra, ese su desprestigio; esa quizá su muerte y la desaparición de Colombia.

Desde aquel momento el grupo demagógico de cada una de las tres Repúblicas, disfrazó sus anhelos de tiranía y de ambición invocando peregrinos *razonamientos* opuestos á la existencia de la Gran Colombia. La extensión del territorio, su diversidad de climas y las *costumbres tan desemejantes* entre unos y otros habitantes de la Gran Patria, fueron falsos cómplices de los designios tortuosos. Y con los principios más graves de sociología, se encubrieron las mayores iniquidades políticas y sociales. Pero por sobre todo esto que no merece ni discutirse, se enseñoreaba una causa de separación efectiva, una razón

poderosa : Colombia no podía subsistir como un solo Estado bajo el Gobierno Central de Bogotá. Las naciones existen de hecho bajo una forma de gobierno por la educación, costumbres y voluntad de sus habitantes, no por el imperativo brillante de los sables. Estos pueden en tiempos de desastre servir de batuta *armonizadora*, merced al imperio del miedo en la conciencia ; pero más ó menos tarde el rumbo de los pueblos pertenece á quienes lo fijan con los sextantes de la razón y del derecho. Y en aquella Colombia acalló siempre el redoble á la lógica ; los intereses departamentales aquíñoneados por el odio parroquial, estuvieron sobre los nacionales, y el individualismo de charreteras oscureció la quimérica igualdad republicana.

Colombia á más de eso, parecía prostituida por la salvajería de caudillos faltos de ideal y en criminal zambra por la partida final del Padre de la Patria. En no oyendo aquella voz severa, irrespetaron la autoridad de la ley, se dieron á la *bella tarea* y consumaron la *obra*. Fué un empeño desolador, donde se perdieron tantos sacrificios ; y la sangre derramada por el crimen engrosó, turbó y corrompió la derramada por el heroísmo.

El territorio de más de cinco mil leguas cuadradas de la antigua Gran Colombia, refrescado por todos los vientos, exornado con la vegetación de todos los climas, desde la del calor sofocante del Senegal, que reina en las márgenes del Guarapiche, hasta la del frío intenso del septentrión que impera en algunos puntos de la cordillera andina ; la uniformidad del clima litoral, desde las riberas caldiadas del Golfo Triste hasta las playas del Darien, y la del clima en las alturas desde el Avila hasta el Pichincha ; la comunicación interna, establecida por ese perfecto sistema geográfico-arterial que vigoriza los distritos miembros de la América intertropical, y que bautizado por el aborigen ó por el conquistador conocemos con los nombres de Orinoco, Apure, Portuguesa, Meta, Cauca,

Magdalena, Chagres, San Juan etc., etc; la existencia de las mismas razas europeas, india y africana pobladoras de regiones que empiezan en el Delta Orinoco y se prolongan hasta la desembocadura del Tumbes; razas de cuyo cruzamiento ha resultado el sur americano moderno tan inteligente como el que más, y que cuenta ya en su estirpe hombres que han fatigado la historia con su genio y su virtud; un mismo idioma—con ligeras variantes de acentuación—para pausar el pensamiento; la misma flora alegrando nuestro espíritu, y el mismo paisaje y la misma fronda besadas rojamente por las arreboleras del atardecer engalanando con un mismo colorido, con la misma vestimenta oropelaria las imágenes de nuestros artistas. Todo eso debió pasar como un caleidoscopio maravilloso por el cerebro de Mosquera, por la potente imaginación indígena de Alfaro, nobles soñadores de la reconstrucción Colombiana.

En el cerebro del viejo caudillo colombiano del 18 de julio, del gran Mosquera, de ese visionario fracasado; cuánto pensamiento gravemente triste no ocurriría, viendo cómo los hombres violaban sus quimeras generosas y como despreciaban lo dictado por la naturaleza?

El Meta—navegable á cuatro jornadas de Bogotá—abrazándose con el Orinoco, señala desde el pasado á neogranadinos y venezolaxos la ruta del progreso. Y el Arauca y el Zulia ¿no constituyen acaso una protesta contra esas ilógicas aduanas fronterizas entre pueblos hermanos, llamados por el mismo progreso nacional al intercambio comercial de sus productos? Pueblos que en causa de esos obstáculos oficiales se arruinan por la funesta aberración de sostener intereses antes individuales que nacionales.

Tanta generosidad de la naturaleza; la altitud ideal y la noble belleza del propósito, ordenaron seguramente el intento glorioso del caudillo federal colombiano, del Teniente del Libertador. Y su frente, fué besada por la luminosa idea de reconstruir á *Colom-*

bia Federalmente. Pero la calumnia agitó su tatuadora lengua y dejó oír su voz enervadora. Después los intereses del egoísmo marchitaron aquel gran sueño republicano. Blanca flor de ideología: lució un instante sobre la tierra exáusta de ideales de la que fuera Colombia Magna.

Ahora estamos en el epílogo del primer siglo de vida independiente. Y las naciones asentadas entre los escombros y construidas con los materiales ruinosos de Colombia, son aún rudimentarias barcas haciendo agua por muchas vías y perdidas en su derrotero hacia el progreso á impulso de violentas tempestades. Sus pilotos en desesperanza tienden la vista hacia el negro y misterioso horizonte, avidos por columbrar el perfil de la tierra prometida ó el reflejo lejano del faro salvador. Pero cuando los coruscantes relámpagos de la tormenta, razgan el negro velo del espacio, solo distinguen amenazadores arrecifres, que nuestra fantasía soñaba muy lejanos.

Y hoy después de malgastar un siglo en sangrientas zambras; después de veinte lustros de aislamiento cafre, de mal discurrido egoísmo de tiranías ridículas, de República escrita y vida feudal, de rebeliones impulsivas, paupérrimas de ideal y pródigas en odio; de rebeliones tenebrosas donde no ha flotado ni un fanatismo heroico, ni una de esas ideas que se hace ariete revolucionario en virtud de su imperio en la conciencia; de rebeliones incapaces de hacer estable ninguna forma de gobierno, y que presentan el aspecto de esos temporales del Golfo Mexicano, en los cuales vientos y olas encontrados revuelven el fondo marino y hacen flotar toda la negra escoria del abismo.

Después de ese siglo de dolor, las Repúblicas que formaron la Colombia Boliviana, inician hoy, alocionadas por ese pasado un acercamiento necesario. Es sin duda una vigorosa y alta prueba de idealidad y pa-

triotismo, que en pregón universal da un mentis á nuestra indolencia. Ese propósito ha sido ya suscrito en Caracas el 27 de enero próximo pasado en un protocolo de Unión Boliviana por el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela y los Representantes de Colombia, Ecuador y Perú.

Este pensamiento de Unión fué iniciado por el general Eloy Alfaro, en quien es ya muy antiguo el noble ideal; y ha sido ampliado por el Presidente de Venezuela, general Juan Vicente Gómez invitando al Perú y á Bolivia, no incluidos en la proposición inicial del Presidente del Ecuador. Esta Unión, á nuestro juicio, es la obra más digna de la efemérides que pronto va celebrar Venezuela.

Es necesario unir las cinco Repúblicas libertadas por Bolívar. Y si esto no es posible, dadas las hoy palpitantes disputas fronterizas entre Ecuador y Perú, sí procurar al menos la de las tres que formaron á Colombia, limitación lamentable en que forzosamente quedaría incluida Bolivia, pues sin el concurso del Perú, fatal y geográficamente quedaría desunida de los otros países.

Veamos, pues, lo que en nuestro concepto es hacedero; lo que pueden nuestros países en el actual momento histórico.

Un doloroso pasado prueba la imposibilidad de reconstruir á Colombia haciéndola una sola nación gobernada por la forma Central. Ninguna de estas Repúblicas sacrificaría su nacional autonomía á las leyes de esa Nación, que á más de su manifiesta debilidad y de la vida seguramente enfermiza que arrastraría, quedaba de hecho expuesta á no hallar un conductor que satisficiera el localismo de cada uno de los pueblos aliados. El mismo resultado negativo aunque con otros vicios causales, se obtendría con la Unión Federal y con toda alianza de tendencias políticas unificadoras.

Hoy si se quiere lograr algo práctico y de futuros resultados eficaces, debemos satisfacernos con lo que en buena lógica ofrece la resultante común de nuestros pequeños contingentes aislados.

Colombia, pese á los que tienen una indigestión de cañones y acorazados en el magín, á los que no toman en cuenta, caso de lucha armada, las condiciones morales de los soldados alineados por la poderosa disciplina de la voluntad individual, animados por el heroísmo; Colombia repetimos ó mejor dicho los países que la formaron, pueden hacer una alianza de defensa mutua, opuesta á toda profanación de su soberanía. Se ha hablado de la suma de nuestras miserias y de la pobreza del esfuerzo; pero creemos no sea tan despreciable el ejército aliado de Países que suman ocho millones de habitantes. Tanto más si se piensa que ayer no más la alianza de las Repúblicas sud-africanas del Trasvaal y Orange hizo respetable su esfuerzo ante las formidables fuerzas del Reino Unido; esfuerzo heroico que si cubriéndolos de gloria no impidió su vencimiento, sí hizo posible su actual autonomía, la admiración universal y el respeto; consideración y admiración de la misma Inglaterra; esfuerzo que finalmente debilitó la ruptura de la misma alianza que lo formaba. Y aquellos dos pueblos aliados solo reunieron un ejército de cincuenta mil soldados. ¿Sería acaso inferior el que Ecuador, Colombia y Venezuela reunieran en momento de peligro? Pero no, se dirá que estos son bravatas de quienes juzgan arma aún el lanzón de Don Quijote. Con todo, no creemos más honrosa la suerte de Puerto Rico que la del Trasvaal. Y la de esa Antilla es la que espera á los pacíficos amigos de Yankilandia.

Pero apartándonos de esa eventualidad bélica, nuestros pueblos pueden hacer desaparecer esas aduanas fronterizas, que semejantes á la muralla china, nos aislan entre sí y detienen las corrientes comerciales y las ideas de fraternidad; hacer que el tipo de

moneda—oro y plata únicamente—actual de cada País, circule con su valor local por toda extensión de la que fué Gran Colombia y sentar las bases para la acuñación de un solo tipo de moneda, común á las tres Repúblicas; “enlazar sus líneas telegráficas”, — ya hecho—y hacer gratuita por la red de cada una de las Naciones la circulación del despacho que se consignó y pagó en cualquiera de las otras; libre intercambio comercial; navegación libre de los ríos; “reducir el porte de la correspondencia, y reconocer recíprocamente los grados académicos.” En lo relacionado con la alianza política, ir á los “Congresos internacionales acordados” para trabajar y defender el interés común, é ir laborando por lograr una sola representación exterior; “no declarar la guerra ni hacerla á nadie” y *obligarse á una alianza efectiva en la defensa del territorio de cada república;* “no ocurrir á la guerra entre sí y dirimir por sí mismas sus actuales y futuras controversias; *no solicitar ni aceptar intervención extranjera para el arreglo de sus diferencias;* “NO CONCEDER EN NINGÚN CASO QUE LA ADMINISTRACIÓN DE SUS RENTAS SEA HECHA POR OTRA NACION Y MENOS A ENAGENAR SU TERRITORIO”; “ofrecer el mayor concurso para la extradición de los reos é impedir que en un Estado incuben revoluciones contra otro.” Eso sería grande é iría destruyendo las fronteras *levantadas por el odio del pasado;* esto hablaría en alto de la raza: denunciaría á la civilidad la existencia en nuestros pueblos de talentos superiores y de caracteres disciplinados, capaces de detener la ya inmensa y turbia ola del filibusterismo; les haría saber á los yankis y europeos nuestra previsión inteligente, y á nosotros mismos, conocer la fuerza disponible, á la vez que infringiremos una derrota definitiva á ese vergonzoso pesimismo que ya va tomando caracteres de deseo de anexión y servidumbre hacia el coloso del Norte y que, carie moral, ha ó vá taladrando el cráneo de algunos degenerados intelectuales, *hijos seguramente de nuestro refinamiento mental.*

¡ Obra de virilidad, obra de virtud es esta ! Superior á monumentos de mármol, bronce ó argamasa, erigibles por cualquier pueblo buhonero enriquecido ó por cualquiera Cartago rapiñosa.

Ahora bien, esta obra es ante todo urgente en la actualidad por razones poderosas que alarmando el juicio de un *lógico patriotismo*, debe prevenirlo contra el abierto proceso del corso internacional yanki, que veloz y rapaz va desmembrando los pueblos hispano-americanos. Y más urgente aun es la *Unión Colombiana*, si se juzga la actual *aplicación* de la Doctrina de Monroe. Esta Doctrina al decir de un notable escritor venezolano tuvo su utilidad en un momento histórico dado en que "fué una noble defensa del régimen en América contra las pretensiones absorbentes de la Santa Alianza". Pero ya sabemos por boca del Presidente Adams que para la época en que pudo ser efectiva esa defensa norteamericana, "el propósito del Gobierno del Norte era no entrar en nada que pudiera significar hostilidad á Europa ó exitar justamente resentimientos de alguno de sus Estados." Este pensar demuestra la *teórica* defensa americana que ofrecía la República del Norte; y era opuesto, como sabemos, al del Libertador, por limitarse á una pacividad que sin duda era originada por la debilidad en aquel entonces de la República Modelo. Ya vemos pues, que la Doctrina de Monroe no ha representado ningún papel regulador de la política europea, que por otra parte no implica amenaza alguna para la libertad de los pueblos sur-americanos, como lo pone en evidencia el progreso netamente europeo, de la Argentina, Chile y el Brasil. Y si la utilidad de esa Doctrina para nosotros la buscamos en la presente época, debemos sin duda ir por ella á Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Nicaragua é inquiriría en el movimiento *independizador* de Panamá y en el despojo de Cochó (Colombia). La aplicación futura de la Doctrina podemos deducirla del deseo de poseer á Cartagena,

Buenaventura y los baldíos de Sogamozo, en el propio corazón de Colombia.

Creemos que es tiempo de despertar y que los picos que van abriendo el canal istmico deben sacarnos del sueño indígena, para hacernos ver que la conquista yanqui como afirma Vallenilla Lanz, es comercial; es el tutelaje económico, la exclusión de los productos europeos y la base de un futuro *zollverein* americano, que al decir lógicamente del mencionado escritor sería el fundamento de la unidad comercial, "de un imperialismo que arrastraría á otro imperialismo" político, contrario á la dignidad y fueros de los Gobiernos autonómicos de la América española.

Ahí que los diplomatas y hombres de estado suramericanos no deben olvidar que la Unión Colombiana ha sido ensueño anhelado de los más grandes pensadores de Ecuador, Nueva Granada y Venezuela; ella fué creación enfermiza del Padre de la Patria; que luego se anidó en el cerebro de los soñadores generosos de la raza, y que espera el impulso vigoroso de los hombres de acción.

Esa tendencia fracasó con el Centralismo y con la Federación. Hágase, pues, ahora el noble intento de la *Alianza de la Defensa Mutua*. Es el *inminente peligro vecino* quien lo impone á los hombres que aman la Patria y la Libertad y no la ideología ni el capricho de los escritores. Que desaparezcan esas aduanas fronterizas, á fin de acercar los pueblos hermanos por medio de los intereses económicos, causa de todas las alianzas y guerra de la política moderna.

Entonces por imperativo del egoísmo comercial se irán en la polvareda de las carreteras los arcaicos odios é irrazonados rencores del pasado. Es labor de civilidad, labor de grandes hombres. Para ello ahí ya el telégrafo que partiendo de las riberas del Guairé, puede llevar el pensamiento de Unión á colombianos y ecuatorianos; pensamiento sano y alto que cruzando veloz el fuego de las llanuras y las nieves andinas,

vaya á germinar como simiente generosa en las faldas del Pichincha, haciéndole saber á los compatriotas de Montalvo, que así como un día los venezolanos condujeron hacia el Sur las huestes libertadoras, así hoy les envían la palabra sagrada de Unión, respondiendo á su generosa iniciativa; y mañana—si el destino lo dispone así—el vigoroso alerta del centinela de la Libertad en peligro.

Se objeta sinembargo á la Unión Colombiana que todas alianzas, desde la celebradas entre los tribus de vivir primitivo hasta las de naciones civilizadas, como las que formaron la Santa Alianza y las constituyen la Triplice, se realizaron obedeciendo á necesidades urgentes de su vida de naciones y de todo punto ajenas á *finés ideológicos*. Y se cita como apoyo de la tésis la misma existencia guerrera de la Colombia Boliviana. Se añade además que la historia no registra la formación de una alianza ó federación que al menos no estuviera presedida por un comercio que la hiciera necesaria á su defensa y desarrollo; y que no existiendo éste entre Ecuador, Colombia y Venezuela, sería innecesaria la formación de un *zollverein*—es decir, una asociación aduanera, que á semejanza de la que en Alemania en 1819 suprimió las aduanas entre los Estados fronterizos. Y para negar la influencia política que pudiera tener una asociación semejante entre las tres Repúblicas sur-americanas, se afirma quizá aventuradamente que la unidad alemana fué obra exclusiva del Canciller Bismarck y del prestigio de una familia poderosa.

En primer término, creemos que el celo patriótico y la Independencia nacional de nuestro País no merezcan la denominación de *finés ideológicos*; y mucho menos que la merezca el intento de vigorizar nuestras nacionalidades con la Unión, poniéndolas á cubierto del despojo y de la conquista con la suma de sus fuerzas defensivas, ó al menos haciendo más difícil la obra á los piratas del Norte. Y si hay alguien que no ve el enemigo que motiva esa provisión

defensiva y que legitima esa alianza, puede buscarse un anteojo marino y tenderlo hacia Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Panamá, Nicaragua, Honduras y muy pronto hacia el antiguo imperio azteca.

Creemos además que entre nuestros Países *existe una corriente comercial* que necesariamente tiene que aumentarse con la extinción de las aduanas fronterizas y que sería uno de los fundamentos principales del acercamiento político futuro.

Hoy por ejemplo circula por los ríos Orinoco, Meta, Arauca y Guaviare un comercio anual de tres millones de pesos. Eliminando ciertas aduanas se aumentaría el tráfico entre Puerto Barrigón y Ciudad Bolívar ya que Colombia haría por ahí gran parte de sus importaciones y exportaciones, pues entre ese puerto colombiano y Bogotá, transitando por malísimos caminos de herraduras, se invierten cuatro días; caminos que serían mejorados por un comercio libre, á cuya actividad se presentaría la explotación de maderas y otras riquezas naturales en el Aviare, Guaviare, Vichada, Guainía, Meniachí, Tomo, Aquico, Yzana, Yxé y Vauprés. "Así el comercio—dice alguien versado en la materia—por el Orinoco se desarrollaría en mayores proporciones que el del Amazonas, por su mayor proximidad á la región andina, siguiendo el Arauca, el Meta y el Guaviare; por las sales de Cumaral y Upín; por las ganaderías de las extensas sabanas de Colombia y Venezuela, y por las aptitudes de más de dos millones de colombianos que habitan los territorios inmediatos. Son estos, factores, que significan grandes ventajas sobre la hoya amazónica, en cuyos ríos navegan centenares de vapores de diferentes nacionalidades, haciendo un comercio que anualmente pasa de varias docenas de millones de dólares."

La extinción de esas aduanas beneficiaría á Colombia y Venezuela haría de los ríos del Zulia vías de inmenso comercio, que obstaculiza hoy la escasez de puertos atlánticos de la primera de estas Repúblicas; esa medida salvadora traería por necesidad co-

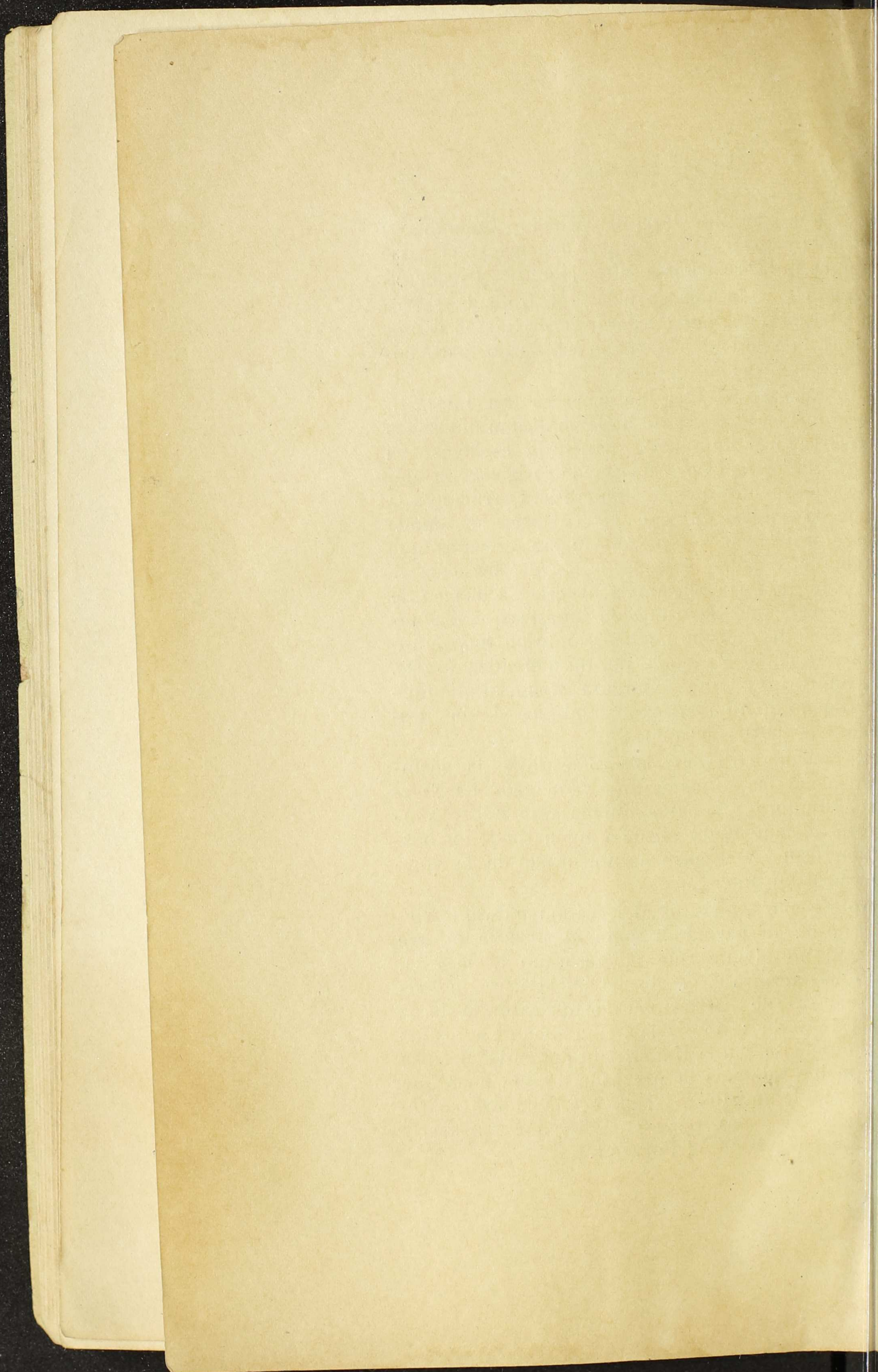
mercial la unidad Monetaria de Ecuador, Colombia y Venezuela; y quien sabe cuantos beneficios más que ignoramos en las relaciones entre Colombia y Ecuador.

Además, ya lo hemos dicho, la Unidad política en la libertad no se haría esperar largo tiempo; unidad de Gran Estado, necesaria en este siglo para poder subsistir respetado y libre.

No creemos que idea tan generosa sea impracticable, ni que en el escenario de la política mundial nos esté reservado el humillante papel de esclavos, ya que un siglo de vida libre no puede originar la decadencia de pueblos que ni siquiera han arribado á la meta de la civilización, que es el vértice de donde empiezan á declinar las naciones; no creemos que tan noble idealidad se esfume en la reverberación de nuestros horizontes caldeados; ni que la imagen de la Patria haya sido destruida en nuestros corazones por el cincel del egoísmo político, como un relieve antiguo arrancado al Partenón por un mercader de arte. No creemos que tanta amargura exista, ni que durmamos sueño de númeridas exponiéndonos á ser despertados por nuevos Tarquinos.

El reciente zarpazo *económico* de Chile, la vocinglería soldadesca en los asaltos vandálicos de Nicaragua y Honduras y la actual amenaza de Méjico rompen despiadadamente el silencio milenario de los bosques americanos y el ensueño musulmán de la conciencia hispano-americana.

No debemos, pues, olvidar esa amenaza que viene del norte, desgarradora como el pico de un ave carnícera; no olvidar que el heroísmo de la raza, cuando más alcanza el mérito del suicidio, y que las complacencias de Motezuma no aplacaron la feroz avaricia de Cortés; no olvidar que debemos aprestarnos á la defensa con la Unión, porque en la defensa de un pueblo vale más la previsión de un boer que el heroísmo de un kábila. Todo eso debemos tenerlo presente si queremos reirnos de los anexionistas y ver despejado y bello el Porvenir.



10